

Entre la luz y la sombra: la sensualidad de las mujeres de origen africano en la Nueva España

Por *Estela* ROSELLÓ SOBERÓN*

1. Introducción

LA MAYOR PARTE DE LOS ESTUDIOS sobre la población de origen africano en la Nueva España ha hecho énfasis en las miserias, el dolor, el sufrimiento y las injusticias de la vida de los esclavos. El propósito de este trabajo es distinto. En él se ofrece la visión de un aspecto complementario al dolor y el sometimiento corporal que vivieron las negras, mulatas y afroestimizas novohispanas en el siglo xvii. Esta investigación está orientada a descubrir la experiencia del placer, el gozo, la alegría y la sensualidad entre ellas. Al parecer las mujeres de origen africano en la Nueva España hicieron un uso especial de la sensualidad para poder integrarse a la sociedad en la que vivían. Sus actividades, conductas, actitudes y comportamientos se dieron dentro de un marco donde el juego de los sentidos fue fundamental.

El manejo que estas mujeres tuvieron de su cuerpo y la influencia que tenían en la experiencia de la sensualidad de otros sujetos produjo respuestas en el resto de la sociedad. La reacción de algunos sectores novohispanos alrededor de la sensualidad y la corporalidad de las negras se tradujo en un discurso que generó dos estereotipos contrarios: por un lado, la imagen luminosa, alegre y placentera que muchos encontraron en la figura sensual de las negras, y por otro, la imagen oscura, pecaminosa y prohibida que otros sujetos vieron en dicha experiencia sensual. El objeto de este trabajo es explorar ambos estereotipos y discursos polares para señalar el lugar y la importancia que tuvieron las mujeres de origen africano en la experiencia de la sensualidad laica y el placer mundano en la Nueva España del siglo xvii. Vale la pena señalar que este trabajo no pretende otra cosa que lanzar algunas propuestas y posibles líneas de investigación a seguir, ya que lo que a continuación se presenta es apenas la aventura de una primera incursión en el tema.

* Licenciada en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, con tesis titulada *La cofradía de san Benito de Palermo en la ciudad de la Nueva Veracruz en el siglo xvii: una ventana a la tercera raíz*. Actualmente prepara su tesis de doctorado en el Colegio de México. E-mail: <erosello@colmex.mx>.

La finalidad de explorar esta perspectiva es la de construir explicaciones más complejas y menos maniqueas para entender el funcionamiento de la sociedad novohispana.

Antes de continuar, es importante hacer algunas precisiones sobre las fuentes utilizadas. La investigación sobre los negros, los mulatos y los afroestizos en la Nueva España se enfrenta a la dificultad de encontrar fuentes que nos permitan escuchar su voz. En realidad, lo que sabemos de este sector de la población novohispana es, casi siempre, lo que nos cuentan los oficiales del Santo Oficio, los testimonios de algunos viajeros y, en ocasiones, algunas expresiones de cultura popular como canciones, versos, dichos o refranes. En este caso, las fuentes primarias para rastrear algunos indicios del comportamiento de las mujeres de origen africano alrededor del placer consistieron en un proceso inquisitorial de 1621, los apuntes de algunos viajeros y los versos de villancicos de negro típicos de la época. A pesar de las posibles distorsiones propias de una visión subjetiva, el análisis cauteloso de estos documentos puede ser de utilidad para reconstruir el papel que tuvo este sector de la población en la configuración social y cultural en la Nueva España del siglo xvii.

Los villancicos de negro fueron un género muy popular en España y América española. En casi todas las catedrales barrocas estos villancicos solían cantarse durante las fiestas importantes.¹ En ellos se presenta la imagen de negros graciosos, parlanchines y divertidos que proporcionan alegría a todos los espectadores. Esta fuente resultó sumamente provechosa para la elaboración de esta investigación, porque en ella el negro es un personaje cuya característica principal es estar ligado a la corporalidad, siendo asociado siempre con la comida, la música y la “verborrea procaz”.² En el caso de la Nueva España, son muchos los villancicos de negro que han llegado hasta nosotros. Sor Juana escribió algunos, y los maestros de capilla de la catedral de Puebla Gaspar Fernández y Juan Gutiérrez de Padilla fueron autores de algunos de los más populares. En 1655, este último compuso la música para un villancico anónimo, *¿Qué quele?*, mismo que proporciona información interesante alrededor de la imagen de las negras en relación al placer y la corporalidad.³

Por otro lado, los procesos de la Inquisición también suelen ser fuentes obligadas para el estudio de la tercera raíz en la Nueva España,

¹ Véase Gleen Swiadon, *Los villancicos de negro en el siglo xvii*, Tesis de Doctorado en Letras Hispánicas, México, UNAM, 2000, p. 7

² *Ibid.*, p. 3

³ Este villancico se encuentra en la tesis arriba citada

en este caso, los procesos fueron muy útiles, ya que en ellos se muestra otra imagen sobre el cuerpo de las negras, mulatas y afroestizas, así como una postura alrededor del manejo de los sentidos propio de estas mujeres. Si los villancicos nos dejan ver el lado alegre del placer y la corporalidad, los procesos inquisitoriales nos presentan, en cambio, la cara oscura del gozo y la sensualidad. En 1621, el comisario del Santo Oficio en Acapulco, fray Antonio Gutiérrez, recibió las denuncias de nueve mujeres y un hombre contra las mulatas y afroestizas Cathalina González, Isabel de Urrego y Juana María, por traer a los hombres con embaucamientos y realizar suciedades y prácticas supersticiosas.⁴ Este proceso describe a mujeres lujuriosas, practicantes de magia erótica que, además de hechizar a los hombres y realizar danzas excitantes, poseen y alimentan a un caimán que vive debajo de la cama de Juana María, claro símbolo de su pacto con el demonio.⁵ De esta manera, el villancico *¿Qué quele?* y este proceso inquisitorial de 1621 han sido utilizados como hilo conductor de esta investigación.

2. El inicio de la historia la introducción de mujeres negras a la Nueva España

ENTRE 1520 y 1570, la población indígena de la Nueva España se redujo de once millones a tres y medio.⁶ La crisis demográfica producto de la guerra, el choque cultural y las epidemias generó la necesidad de importar esclavos negros que compensaran la escasez de mano de obra indígena. A partir del último tercio del siglo XVI, la Nueva España se convirtió en uno de los principales mercados para la trata de esclavos, y aunque en su mayor parte la población africana que llegó a la colonia fue de sexo masculino, nunca faltaron esclavas en los “cargamentos de ébano” que llegaban a los puertos novohispanos.⁷

⁴ Los documentos relativos al proceso de estas mujeres se encuentran en el AGN, ramo Inquisición, volumen 335, expediente 102, volumen 339, expediente 2; volumen 343, expedientes 23 y 143. Los documentos se encontraban en proceso de microfilmación, por lo que cito la información proporcionada por Alejandra Cárdenas en *Hechicerías, saber y transgresión afroestizas en Acapulco, 1621*, Chilpancingo, s.p.a., 1997. Agradezco a la maestra Luz María Martínez Montiel el ponerme en contacto con Alejandra y a ella el haberme prestado su trabajo.

⁵ Cárdenas, *Hechicerías, saber y transgresión* [n. 4], p. 39.

⁶ María Alba Pastor, *Crisis y recomposición social: Nueva España en el tránsito del siglo XVI al XVII*, México, FCE, 1999, p. 30.

⁷ Luz María Martínez Montiel ha estudiado la procedencia de los esclavos africanos que llegaban a la Nueva España. En un principio, la Corona pidió a los tratantes traer a negros ladinos que hubiesen sido catequizados. Sin embargo, debido a la fuerte demanda

En los primeros años de la trata negrera en América, la proporción entre esclavas y esclavos fue de cincuenta por ciento. Sin embargo, las actividades a las que los esclavos estaban destinados en el Nuevo Mundo generaron una demanda distinta, y para 1524 se estipuló que se trajeran a estas tierras cargas de esclavos donde dos tercios fueran de sexo masculino y únicamente un tercio femenino.⁸ Bajo estas circunstancias, las esclavas siempre tuvieron un precio menor al de los esclavos, ya que su participación en los distintos procesos de la economía colonial fue mucho menos importante que la de los hombres.

Es difícil calcular el número de negros y negras que llegaron a la Nueva España a partir de 1570.⁹ No obstante, lo que sí puede afirmarse es que el tráfico intensivo de esclavos procedentes del África o de las Antillas tuvo lugar entre dicha fecha y la primera mitad del siglo xvii. A partir de 1650, la población de origen africano en la Nueva España se convirtió en un sector criollo, mulato o mestizo.¹⁰ A esta variedad en la calidad de la población negra novohispana habría que añadir la diferencia existente entre negros libres y negros esclavos. En todo caso, para fines de este trabajo, lo que interesa es la condición de marginación que compartían las mujeres de origen africano, ya fueran negras, mulatas, afroestimizas, libres o esclavas, en esta sociedad.

3. Espacios y actividades cotidianas de las negras, mulatas y afroestimizas novohispanas

ESTE sector femenino de la población novohispana se caracterizó por desempeñar muy distinto tipo de actividades. Aunque muchas de ellas trabajaron como tejedoras en los obrajes y como lavanderas en las

de esclavos, esta condición fue difícil de cumplir, por lo que se permitió introducir africanos bozales, es decir, hombres extraídos directamente del continente africano. Las principales regiones de procedencia de los esclavos africanos que llegaban a la Nueva España fueron Cabo Verde, Guinea, Angola y Mozambique. Las naciones a las que pertenecían estos negros fueron la bran, arará, biafra, mina, congo, angola, mandinga, por mencionarsólo algunas

⁸ Gonzalo Aguirre Beltrán, *La población negra de México*, México, FCE, 1989, p. 30.

⁹ Las autoridades de la Corona intentaron tener un control y un registro de esta información, sin embargo, el fenómeno del contrabando hacía imposible conocer con certeza el número de esclavos que entraban a la Nueva España. Para Aguirre Beltrán, los contrabandistas introducían la misma cantidad de esclavos que los contratistas oficiales.

¹⁰ Negros criollos eran aquellos nacidos ya en territorio novohispano. Los mulatos eran los hijos de negros y españoles, mientras que los afroestimizos resultaban de la mezcla de indios y negros. Varios fueron los factores que favorecieron el mestizaje de los negros en la Nueva España. El primero de ellos, la desproporción de sexos estipulada en los reglamentos que controlaban las características de la trata.

casas de las familias privilegiadas, lo cierto es que en general, las negras, mulatas y afroestizas se dedicaron a otro tipo de oficios más característicos de su situación marginal. Las negras, mulatas y afroestizas fueron famosas por sus hechizos, embrujos y curaciones. Algunas, dedicadas a la prostitución, se ocuparon de aliviar los deseos de aquellos viajeros y españoles que recurrían a sus servicios. Muchas prefirieron convertirse en vendedoras en los mercados, mientras que otras más se emplearon como nodrizas y cocineras en las casas de los sectores ricos de la Nueva España. Todas estas actividades requerían de prácticas y conocimientos diferentes, sin embargo, como es fácil observar, existía en ellas un común denominador: su relación con el cuerpo y el manejo de los sentidos.

Viajeros como Thomas Gage o Gemelli Careri no dejaron de sorprenderse ante la fuerte presencia de mujeres de origen africano en la Nueva España. Tanto el agustino inglés como el viajero italiano llamaron la atención en la participación de las negras y las mulatas en distintos momentos y situaciones de la vida cotidiana novohispana. Si bien estas mujeres circulaban por casi todos los escenarios de la sociedad colonial, lo cierto es que la mayor parte de sus actividades se realizaba dentro de algunos espacios determinados.

El primer contacto que tuvieron las negras africanas con el territorio novohispano fue el de las costas. Acapulco y Veracruz fueron los sitios obligados para el desembarco de los esclavos que llegaban del África. Muchas negras y negros pasaron al interior del territorio, pero muchos otros se quedaron en los puertos para desempeñar distinto tipo de trabajos y actividades.¹¹ Tanto en Acapulco como en Veracruz la mayor parte de la población estuvo constituida por el sector negro, mulato y afroestizo.

El calor de estas regiones, el continuo movimiento de su población itinerante, así como la ausencia del estricto control tridentino en sitios donde el intercambio era la ley de la vida, fueron sólo algunos de los rasgos principales de estos lugares. Bajo estas condiciones, los puertos

¹¹ La presencia de población africana nunca se limitó a los puertos novohispanos. En realidad, los esclavos y las esclavas fueron distribuidos a lo largo de todo el territorio de acuerdo a las distintas actividades económicas propias de cada región. Así, mientras que en Puebla, Guadalajara, Oaxaca y el Bajío muchos de ellos trabajaron en los obrajes, en la Huasteca, Veracruz, Morelos o Michoacán se emplearon en la industria azucarera. En Guanajuato, Zacatecas y Taxco, los esclavos fueron importantes en el desarrollo de la minería. En Guerrero, Colima y otras regiones de la costa del Pacífico, los negros y mulatos fueron famosos por sus habilidades como vaqueros y arrieros. Tanto Gonzalo Aguirre Beltrán como Luz María Martínez Montiel han estudiado la distribución de población de origen africano en la Nueva España

gozaron de un ambiente licencioso, relajado y, a decir de los informes de la época, Acapulco y Veracruz fueron sitios que invitaban a la lujuria, la desnudez y el placer. Comadres, prostitutas y adivinas negras, mulatas y afromestizas llenaron el ambiente de los puertos con sus chismes y murmuraciones. Algunas se hicieron famosas por sus eficaces filtros y hechizos de amor, otras, en cambio, garantizaron el placer instantáneo, abriendo las puertas de hostales y posadas a los viajeros que solicitaban sus servicios amorosos a su paso por aquellos lugares.

Otro de los escenarios más comunes para las actividades de las mujeres de origen africano fueron los mercados. Ahí, las negras, mulatas y afromestizas se dedicaron a vender frutas y verduras, así como a preparar bizcochos, dulce, buñuelos y merengues que niños y golosos podían saborear en las plazas.¹² De manera que las mujeres de origen africano no sólo participaban en el intercambio de mercancías, sino también en el intercambio de deseos propio de toda plaza y mercado.¹³ Es siempre en estos lugares donde se conjugan el amor, el robo y el comercio, y no es gratuito que entre los colores brillantes de las frutas y los aromas del aceite y la miel de las golosinas estuviera en juego la seducción.

Como bien se sabe, el mercado y la plaza son lugares donde no rige el tiempo del orden social restrictivo y, en este sentido, las fiestas siempre están relacionadas con ellos. No es de extrañar, por ello, que otro escenario común de la vida cotidiana de las negras, mulatas y afromestizas fuera precisamente el de las fiestas novohispanas.

En la Nueva España las fiestas tuvieron una importante función en el mantenimiento de la estabilidad, generando cohesión entre una sociedad profundamente diversa.¹⁴ Para las autoridades del siglo xvii, la mayor parte de los placeres, reuniones y espectáculos estaba prohibida, censurada, o por lo menos rodeada de un hálito pecaminoso. Las fiestas religiosas y públicas eran los espacios donde la población podía divertirse y manifestar oficialmente la alegría, el placer y el júbilo. Como el resto de los otros sectores étnicos y sociales de la Nueva España, las mujeres de origen africano solían participar en estas

Muchos fueron los intentos por prohibir que los negros y los mulatos vendieran los productos propios del comercio indígena. Así, durante el siglo xvi y xvii, algunas leyes prohibieron a los negros y mulatos vender gallinas, chiles, tomates y madera. Véase Robert Brady, *The emergence of a Negro class in Mexico 1524-1640*, University of Iowa, 1965

¹³ Sobre la idea del mercado como lugar donde se intercambian pulsiones y deseos, ver Horst Kurmitzky, *La estructura libidinal del dinero. contribución a la teoría de la femineidad*. México, Siglo xxi, 1992, pp. 15-20.

¹⁴ Véase Antonio Rubial, *La plaza, el palacio y el convento la Ciudad de México en el siglo xvii*, México, cnca, 1998, p. 51

celebraciones. Sus risas, cantos, sonajas y tambores acompañaban movimientos corporales que a muchos causaron excitación, aunque entre otros también generaron preocupación y espanto.

Por último, es importante señalar que a estos espacios públicos, que enmarcaron la vida cotidiana de las negras, mulatas y fromestizas, se sumaban también espacios privados, tales como las casuchas de adobe y madera donde solían vivir, los cuartos de azotea, las insalubres y oscuras habitaciones de vecindad o los montes apartados y solitarios que les permitían ocultar la naturaleza prohibida de sus preparaciones mágicas y ritos poco ortodoxos. La privacidad de los espacios en los que transcurría su vida no fue siempre sinónimo de prohibición. Cocineras, nodrizas y esclavas domésticas alegraban con el placer de sus guisos, cuidados y compañía la vida privada de muchos habitantes de las casas ricas de la Nueva España.

4. *Los estereotipos y el juego de los sentidos*

COMO se verá a continuación, la sensualidad de las negras fue un factor integrador que permitió que estas mujeres se relacionaran de una manera peculiar con el resto de la población novohispana del siglo XVII. En seguida se muestra la construcción de dos estereotipos polares sobre las mujeres de origen africano relacionados con la experiencia de los cinco sentidos.

La vista

Aleglémosle, y Juaniya,
la negla blosa,
que le coma,
le pique,
le blinke,
le salte lo pe,
aleglémosle,
ha ushihe
ha ushia,
que fase nublala
e quele lobé.¹⁵

La negra blosa baila, brinca y alegra porque le saltan los pies. El placer que proporcionaba a los espectadores entraba por los ojos. El movi-

¹⁵ Villancico, *¿Qué quele?*, citado en wladon, *Los villancicos de negro* [n. 1]

miento lúbrico y las formas eróticas del cuerpo excitaban al que la miraba y lo hacían gozar. En general, los cuerpos de las negras y las mulatas de la Nueva España solían moverse entre el vestido y la desnudez. Así las describía Thomas Gage en su diario de viajes:

Cúbrense los pechos desnudos, negros, morenos con una pañoleta muy fina que se prenden en lo alto del cuello a guisa de rebocillo, y cuando salen de casa añaden a su atavío una mantilla de linón o cambrai, orlada con una randa muy ancha de encajes, algunas la llevan en los hombros, otras en la cabeza; pero todas cuidan que no les pase de la cintura y les impida lucir el talle y la cadera.¹⁶

El poder del erotismo está precisamente en la posibilidad de pasar de lo visible a lo invisible, en el tránsito del revestir al desnudar.¹⁷ En la Nueva España, las negras y mulatas hicieron uso de su vestido para provocar el deseo de los hombres que las veían pasar. Desacatando los reglamentos típicos del siglo XVII alrededor de la indumentaria femenina, las negras y mulatas hicieron gala de sus escotes, joyas y adornos para incitar a la lujuria y al placer.¹⁸ “Grande es la deshonestidad que hoy usan muchas mujeres en sus trajes y en particular en la escandalosa, profana e incentiva desnudez, mostrando la cerviz, garganta, hombros y mucha parte del pecho y espaldas”,¹⁹ decía el Doctor Ramírez refiriéndose a las mujeres españolas. Al parecer, las negras y mulatas de la Nueva España no hicieron otra cosa que imitar con desenfado dicha moda. Collares de oro, pulseras de perlas, pendientes de piedras preciosas y prendas de seda eran comunes en los atavíos de muchas mujeres de origen africano en el siglo XVII.

La negra Juaniya del villancico *¿Qué quele?* podía ser ocasión de risa y júbilo dentro del orden oficial. Graciosa y danzarina, permitía liberar la tensión provocada por la represión y la contención de los deseos concupiscentes, pues los espectadores podían gozar de su sensualidad en un ámbito controlado y dirigido por las autoridades presentes. Sin embargo, esa misma negra inofensiva y piadosa (porque

¹⁶ Thomas Gage, *Nuevo reconocimiento de las Indias occidentales (siglo XI II)*, México, FCE, 1982, pp. 180-181

¹⁷ Mario Perniola, “Entre el vestido y el desnudo”, en Michel Feher, ed., *Fragments para una historia del cuerpo humano*, tomo II, Madrid, Taurus, 1990, p. 242

¹⁸ A partir del siglo XVII, una de las mayores preocupaciones de la Contrarreforma fue la de controlar la sexualidad femenina. La moda italiana de los escotes pronto llegó a España, generando indignación y condena en muchos moralistas tridentinos. Henry Kamen, en Agustín Redondo, *Colloque International sur le corps comme métaphore dans l'Espagne des XVI et XVII siècles*, París, Sorbonne, 1992, p. 300.

¹⁹ *Ibid.*, p. 303

si no, ¿cómo podía estar presente en un villancico?) podía llegar a convertirse en un serio problema para la estabilidad del orden social. Los escotes y corpiños de estas mujeres abrían a los hombres “las puertas del infierno”,²⁰ y las telas transparentes sobre sus senos incitaban a otros actos propios del pecado y la perdición.

“El vestido y atavío de las negras y mulatas es tan lascivo, y sus ademanes y donaire tan embelesadores que hay muchos españoles, aun entre la primera clase, propensos de suyo a la lujuria, que por ellas dejan a sus mujeres”.²¹ Así, las negras utilizaban los encantos de su cuerpo para ejercer poder sobre los hombres que las rodeaban. El temor de las autoridades ante la efectividad de estas conductas se tradujo en una serie de ordenanzas que reglamentaban la indumentaria de dichas mujeres: “Ninguna negra libre o esclava traiga oro, perlas, ni seda [...] pero si la negra, o mulata libre fuese casada con español, pueda traer unos zarcillos de oro, con perlas, y una gargantilla y en la saya un ribete de terciopelo, y no puedan traer ni traigan mantos de burato, ni de otra tela, salvo mantillas”.²² Como puede verse en las limitantes de esta ley, lo que preocupaba no era tanto la lascivia de las negras propiamente, sino la provocación fuera del matrimonio, institución fundamental para la estabilidad de la sociedad tridentina novohispana.

El tacto

Si de la vista nace el amor, también puede decirse que de la vista nace el deseo de tocar. En la Nueva España, los bailes organizados por negras, mulatas y afroestimizas gozaban de fama especial. En ellos, los concurrentes bebían, cantaban coplas obscenas y danzaban bailes deshonestos.

Las coplas hablaban de un erotismo desenfadado, de frailes lujuriosos, de cornudos aceptados y mujeres enjundiosas. Los bailes eran con “meneos”, ademanes y zarandeos, mezclándose en ellos manoseos de tramo en tramo, abrazos y dar barriga con barriga.²³

²⁰ Marilyn Yalom, *Historia del pecho*, Barcelona, Tusquets, 1997, p. 72

²¹ Cita de Thomas Gage, tomada de Cárdenas, *Hechicerías, saber y transgresión* [n. 16], p. 79

²² Ley xxviii, libro vii, título v, folio 290, tomo II de la *Recopilación de leyes de los Reinos de las Indias*. Citado por María Elena Cortés Jácome en *Familia y sexualidad en Nueva España*, Simposio de historia de las mentalidades, México, FCE, 1982.

²³ Rubial, *La plaza, el palacio y el convento* [n. 14], p. 116.

La voluptuosidad de estas mujeres se hacía notar en los movimientos y contorsiones propios de sus bailes. Es importante recordar que, dentro de las tradiciones africanas, el baile tiene una función importante. Por ejemplo, a partir de la danza los yorubas pueden entrar en trance y comunicarse con las fuerzas naturales de la cosecha, el viento, el agua, la tierra.²⁴ En la Nueva España, las propias autoridades permitieron la persistencia de ciertos bailes y danzas de negros que pronto se integraron en la cultura popular presente en las fiestas y ceremonias religiosas.

Cuando la negra Juaniya bailaba y brincaba, lo hacía en un espacio público, frente a espectadores y autoridades. De ahí la permisividad para que realizara sus movimientos corporales. En cambio, los bailes y danzas que Cathalina González, Isabel de Urrego y Juana María realizaban a oscuras en espera de las naos que llegaban al puerto de Acapulco, generaron la reprobación y la sospecha de las autoridades del Santo Oficio.²⁵

o existe baile sin música, y la música tuvo, en efecto, un lugar importante en el tipo de relaciones y sociabilidades que las negras, mulatas y afroestizas establecieron con otros sujetos de la Nueva España.

El oído

A través de la música, los hombres que la escuchan se convierten en parte de una misma colectividad. El sonido se propaga y conecta a unas personas con otras.²⁶ Los villancicos de negro suelen plasmar la imagen de negros que cantan y bailan al ritmo de las flautas, comelines, cascabeles y guitarras. Los tambores tallados en tronco de árbol, las castañuelas fabricadas con las mandíbulas de asnos, los calabazos convertidos en güiros, la marimba, los bombos y las maracas eran instrumentos musicales de origen africano que amenizaban las fiestas y los festejos novohispanos.²⁷ En *¿Qué quele?* escuchamos la voz de los pastores negros que, en su visita al portal de Jesús, dicen las siguientes palabras:

²⁴ Bronislaw Malinowski, citado en Cárdenas, *Hechicerías, saber y transgresión* [n. 4]

²⁵ *Ibid.*, p. 27.

²⁶ Lionel Tiger, *La búsqueda del placer una celebración de los sentidos*. Barcelona, Paidós, 1993, p. 280

²⁷ Roger Bastide, *Las Américas negras las civilizaciones africanas en el Nuevo Mundo*, Madrid, Alianza, 1969, p. 161

Si venimo cun contenta
a su santa nacimiento
tocando tura trumenta
y cantando la zanguangé.

Nuevamente, la imagen genera sonrisas y alegría, y no es difícil imaginar a las negras y mulatas que en feliz procesión suenan las campanillas de sus pulseras en los tobillos. La musicalidad de los negros presente en los villancicos no era generada únicamente por los instrumentos anteriormente mencionados. La pronunciación del castellano hablado por estos sujetos solía ser un motivo de risa y diversión. Los gurumbés y guineos, canciones propias de negros, reflejaban el sonido onomatopéyico de los dialectos castellanos de origen africano.

El gusto por la palabra hablada tiene una fuerte raíz en las culturas africanas. En la Nueva España, este rasgo cultural se tradujo en la producción de rimas y en las comunes disputas de contrincantes orales que competían en la improvisación de versos alrededor de algún tema, haciendo reír a los concurrentes.²⁸ Además, otra actividad que las negras, mulatas y afromestizas realizaban alrededor del habla y el oído era la de las nanas y nodrizas que contaban leyendas, cuentos y adivinanzas a los niños que quedaban bajo su cuidado. Estas narraciones, donde las arañas y los conejos tenían casi siempre el papel protagónico, entretenían a los pequeños que las escuchaban.

Por otro lado, una de las acusaciones contra la afromestiza Isabel de Arrego fue la de haber traído “unas hojas grandes de la laguna, las cuales regaba y trataba con palabras dulces como a su galán, diciéndoles palabras tiernas y requiebros”.²⁹ Como puede imaginarse, las palabras de Isabel seducían y en ello radicaba el poder y el peligro de su utilización.

Una vez más, la sensualidad de las negras y las mulatas podía generar risa, placer y diversión siempre que estuviera encaminada y controlada por las autoridades de la Nueva España. En el momento en que la música de los instrumentos o la melodía de sus palabras se utilizaban con fines para la dominación mágica o simpática, el peso del Santo Oficio caía sobre estas mujeres. El habla de las negras, mulatas y afromestizas salía a través de su boca, uno de los receptáculos más sensuales del cuerpo. Pero si de boca y sensualidad se habla, no puede faltar la referencia al placer que produce comer.

²⁸ En *Las Américas negras* Roger Bastide menciona el gusto por la oralidad entre los pueblos africanos. Por su parte, Luz María Martínez Montiel también hace referencia en múltiples ocasiones a la palabra rimada como uno de sus rasgos propios.

²⁹ Cárdenas, *Hechicerías. saber y transgresión* [n. 4], p. 26

El gusto y el olfato

El gusto de los alimentos permite disfrutar el deleite de los sabores. La relación que las negras, mulatas y afroestimizas tuvieron con la venta y preparación de alimentos las hizo fuentes de placer y gozo. Como se ha mencionado anteriormente, una de las actividades típicas de estas mujeres fue la de vender frutas y golosinas en los mercados. Al respecto, los versos de *¿Qué quele?* nos presentan la siguiente imagen:

¡ tlaemo culaciona:
grangea cun congalona
mansana, pela, tulona
aunque no la á re comé.

En los mercados, las mujeres de origen africano ofrecían atractivas mercancías para el gusto y el olfato de sus clientes. Manzanas, peras, naranjas, hongos, calabazas y otros productos vegetales se tendían en los puestos donde despachaban las negras. Además, también eran ellas quienes vendían muchas veces las hierbas y condimentos necesarios para sazonar los guisos y platillos que deleitaban el paladar de los habitantes novohispanos. En realidad, las negras, mulatas y afroestimizas vendían dichos productos, pero sobre todo eran las expertas en la preparación de platos dignos de las casas más acomodadas de la Nueva España.

La fama de las cocineras de origen africano en esta sociedad no era gratuita. El sazón de un buen cocinero requiere de una sensibilidad especial para mezclar los ingredientes, aderezar las salsas, sancochar los alimentos. Para cocinar bien no sólo se necesita de una capacidad sensorial especial hacia los sabores, sino también la inventiva para hacer surgir el placer oculto en cada uno de los ingredientes que conforman un platillo. En efecto, esto era precisamente lo que parecen haber tenido las cocineras de origen africano en la Nueva España.

En este sentido, también es importante señalar la relación que tuvieron las mujeres de origen africano con la nutrición de los novohispanos. El siguiente verso de *¿Qué quele?*, cantado por los pastores al Niño Jesús es un conmovedor ejemplo:

Si le hincamo rudiya
y tlaemo cuchaliya
paran daye la papiya
lo siolo San José.

Es bien sabido que muchas mujeres ricas de la Nueva España contrataban el servicio de nodrizas negras, mulatas y afromestizas para alimentar a sus hijos.³⁰ A lo largo de la historia, esta práctica fue común ya que entre las mujeres aristócratas se buscaba evitar el alargamiento o la desfiguración de los pechos.³¹ Así, el pecho de las mujeres de origen africano no sólo generó placer erótico, sino también el placer propio de la primera nutrición.

El gusto que los recién nacidos experimentan con la leche dulce de sus nodrizas se hacia extensivo en la vida de los adultos. El dulce es uno de los sabores preferidos del ser humano.³² Ya sea por la reserva calórica que proporcionan los alimentos con este sabor, o por el carácter benigno que anunciaba a los hombres primitivos, lo cierto es que el dulce ha generado el entusiasmo humano más evidente.³³ En la Nueva España, las negras, mulatas y afromestizas se dedicaron también a la preparación de deliciosos turrones, colaciones, mermeladas, tartas, buñuelos, canelones, merengues y bizcochos para deleitar a los antojadizos novohispanos.

Sin embargo, estos suculentos dulces tan agradables al gusto y al olfato no siempre tuvieron una naturaleza inofensiva o exclusivamente placentera. Muchas veces, la comida y la bebida fueron las vías para la administración de los hechizos amorosos preparados por las mujeres de origen africano. Normalmente, estas mujeres hacían que los hombres se comieran sus embrujos, aprovechando que ellas mismas eran las encargadas de elaborar los alimentos.³⁴ Así, por ejemplo, Cathalina González, Isabel de Urrego y Juana María fueron acusadas por embaucar a los hombres “dándoles chocolate mezclado con sangre menstrual tostada en un comal, esperma de perro y nuez moscada, esta última masticada, tragada y regurgitada”.³⁵ La utilización del chocolate y la nuez moscada permitía disimular los malos olores de los ingredientes del filtro, pero además, las propiedades afrodisiacas del chocolate también buscaban ser aprovechadas en la generación de ciertas reacciones en el cuerpo de los hechizados.

³⁰ Llama la atención en especial el caso de la acusación del Santo Oficio contra las negras del puerto, a quienes se les inculpaba de complicidad con los judíos portugueses por haberlos amamantado y criado como hijos. Entrevista con Antonio García de León, abril del 2001

³¹ Yalom, *Historia del pecho* [n. 20], p. 91

³² Tiger, *La búsqueda del placer* [n. 26], p. 106

³³ *Ibid.*, p. 105.

³⁴ Ruth Behar, “Brujería sexual. Colonialismo y poderes femeninos: opiniones del Santo Oficio de la Inquisición en México” en Asunción Lavrin, ed., *Sexualidad y matrimonio en la América hispánica siglos XVI y XVII*. México, Grijalbo, 1991

³⁵ Cárdenas, *Hechicerías, saber y transgresión* [n. 4], p. 26.

Es interesante reparar en que la preparación de estos embrujos habla de una cultura popular que incorporaba elementos del saber africano con otros del saber indígena. Pero además, la preparación de dichos hechizos también induce a pensar que estas mujeres poseían un conocimiento especial sobre el cuerpo humano y la biología.³⁶ En realidad, la relación que las mujeres de origen africano tenían con el placer, la sensualidad y la corporalidad probablemente estaba muy ligada al estrecho vínculo de la cultura africana con la naturaleza.

En las religiones africanas, la relación entre el hombre y la naturaleza es de vital importancia. La veneración de ríos, bosques y montañas es un rasgo típico en la cultura bantú.³⁷ La comunicación existente entre el cuerpo humano y las fuerzas naturales garantiza la supervivencia, la reproducción y la estabilidad cotidiana. Es a partir de la corporalidad y los sentidos que el hombre puede entrar en contacto con dichas fuerzas. La sensualidad es, por lo tanto, el lenguaje que asegura la continuidad de la vida.

Los movimientos eróticos del cuerpo fomentan la reproducción. El sonido de los tambores y las cuerdas permiten controlar los sonidos de la naturaleza, comunicarse con otros hombres y ahuyentar animales y fuerzas enemigas. El cultivo de las plantas y el conocimiento ancestral de las yerbas y sus efectos en el cuerpo humano es pieza clave para la nutrición y el desarrollo de la cultura.

Las negras, mulatas y fromestizas novohispanas no podían deshacerse de ciertos rasgos de su pasado africano. La sensibilidad especial hacia la naturaleza y el conocimiento de los deseos e instintos de la carne humana eran parte de aquella herencia cultural. Gracias a ella, estas mujeres tuvieron la capacidad de acercarse al conocimiento de las plantas, verduras, semillas, frutas y hierbas locales, en un intercambio constante con las mujeres indígenas. Además, fue también este rasgo cultural el que les permitió explotar su sensualidad como una vía para participar e integrarse en la sociedad en la que vivían.

Consideraciones finales: la trasgresión y el juego del poder

COMO se ha intentado mostrar a lo largo de este ensayo, el cuerpo de las mujeres de origen africano en la Nueva España entraña una

³⁶ Los ingredientes que estas mujeres utilizaban para sus hechizos eran el semen de perro y la sangre menstrual. Las hojas a las que Isabel hablaba cariñosamente eran hojas de toloache. Todo esto habla de un conocimiento alrededor de los ciclos y fuerzas generadoras de la vida, así como de las sustancias alucinógenas que producen ciertas reacciones en el cuerpo humano.

³⁷ Bastide. *Las Américas negras* [n 27], p 167

interesante paradoja. Si bien muchas de ellas, libres o esclavas, vivieron bajo el sometimiento y la explotación corporal por parte del poder establecido, fue precisamente a partir de su cuerpo y el manejo de la sensualidad que las negras, mulatas y fromestizas pudieron ejercer otras formas de poder cotidiano en la sociedad novohispana del siglo xvii. Al ser fuentes de placer y gozo, el poder se introdujo en su cuerpo, y así las mujeres de origen africano generaron relaciones de dominación independientes del orden social fomentado por las autoridades civiles y religiosas.³⁸

Ante la disciplina corporal del orden tridentino, las negras, mulatas y fromestizas abrieron una vía para la reivindicación del cuerpo, proporcionando placer aun en contra de las normas morales de la sexualidad, del matrimonio y el pudor.³⁹ En este sentido, las relaciones de dominación generadas por las negras, mulatas y fromestizas pudieron tener un carácter transgresor. Sin embargo, llama la atención que en realidad las autoridades novohispanas respondieron con cierta laxitud y benevolencia ante ellas. Y es que, a decir verdad, la transgresión tuvo un papel importante en la sociedad novohispana. La necesidad de limitar la violencia dio lugar a la licencia.⁴⁰ Efectivamente, el Estado tridentino siempre tuvo cuidado de dejar abiertos ciertos espacios de transgresión que permitieran liberar y regular las tensiones sociales.

El significado que tenía la transgresión no era el de permitir la libertad absoluta, por el contrario, ésta tenía la finalidad de proporcionar un orden y unas reglas. Es decir, la transgresión advertía lo que era posible, su tiempo y espacio.⁴¹ Tanto el discurso del estereotipo positivo de las mujeres de origen africano como el del estereotipo negativo hablan en dicho sentido.

En efecto, el contraste de los estereotipos alrededor de la sensualidad de las negras en el villancico *¿Qué quele?* y el proceso inquisitorial de 1621 permite imaginar los límites impuestos a las conductas y relaciones transgresoras generadas por el manejo del cuerpo de las negras. Por un lado, la imagen que presenta el villancico responde al estereotipo positivo de la corporalidad negra. Por otro, la imagen del proceso inquisitorial revela, en cambio, el estereotipo negativo.

Los estereotipos son generalizaciones útiles para la integración social.⁴² Construidos a partir de un sistema de ideas, valores y creencias,

³⁸ Michel Foucault, *El discurso del poder*, México, Folios, 1983, p. 105

³⁹ *Ibid*

⁴⁰ Georges Bataille, *El erotismo*, México, Tusquets, 1997, p. 93

⁴¹ *Ibid*.

⁴² Agnes Heller, *Historia y vida cotidiana*, México, Grijalbo, 1985, p. 80

estos juicios previos permiten la estabilidad y la cohesión de la integración dada. El estereotipo positivo alrededor de la corporalidad de las negras destaca conductas, acciones y características placenteras no sólo inofensivas para el orden social, sino también necesarias para canalizar los deseos y las pulsiones contenidas. Su participación en los mercados, las fiestas y el proceso de alimentación las hacía piezas fundamentales en la experiencia cotidiana de los placeres que unificaban a la sociedad novohispana. Sus bailes, cantos, guisos, dulces y cuidados generaban risa y alegría y así, permitían la fuga de tensiones necesaria para evitar los brotes de violencia y mantener la cohesión social.

Sin embargo, las mismas conductas y acciones placenteras e inofensivas podían configurar relaciones peligrosas para la estabilidad y el orden social. De ahí el discurso y el estereotipo negativo alrededor de la corporalidad de estas mujeres. Cuando las negras provocaban a los españoles con sus bailes, escotes y transparencias atentaban directamente a la integridad y consolidación del matrimonio y la familia católica. Al utilizar sus embrujos y hechizos amorosos atacaban la voluntad y el libre albedrío de los destinatarios de sus pócimas, y cuando practicaban sus rituales mágicos contradecían los dogmas de la religión.

Así, el estereotipo positivo del cuerpo de estas mujeres resultaba del poder benigno que ejercían al configurar relaciones sociales favorecedoras de la integración y la cohesión social. Por su parte, el estereotipo negativo aparecía cuando las relaciones de poder ejercidas por las mujeres de origen africano amenazaban las ideas, creencias o instituciones sobre las que descansaban el orden y la estabilidad social novohispana. De esta manera, la eterna tensión entre los deseos individuales y el orden social se hacía presente en la alternancia de ambos discursos. Además, en la dicotomía de los mismos encontramos el juego de liberación y represión de los deseos y pulsiones necesario para mantener el orden social. Entre la imagen alegre y la imagen peligrosa de las negras, mulatas y afromestizas hay toda una gama de ideas, valores y creencias que daban sentido a las conductas, relaciones y comportamientos de la vida cotidiana de los habitantes de la Nueva España.

Así, estos estereotipos reflejan la naturaleza barroca de la sociedad novohispana; sociedad cuya vida transcurrió en la alternancia de luces y sombras, alegrías y pesares, culpas y perdones; pícaras risas de negras que bailaban al son de tambores y chirimías y la infamia de negras condenadas a la penumbra de sus pecados.